

95/2012

27 diciembre de 2012

Alejandro Lorca, Jesús Gil, Ariel J. James

CONFLICTO EN EL PARALELEPÍDEDO
SHII: GRUPOS ÉTNICOS Y FACCIÓNES
RELIGIOSAS EN LA LUCHA POR EL
PODER SIRIO

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

CONFLICTO EN EL PARALELEPÍDEDO SHII: GRUPOS ÉTNICOS Y FACCIÓNES RELIGIOSAS EN LA LUCHA POR EL PODER SIRIO

Resumen:

El mundo musulmán está polarizado entre bloques suní y shíi. Un análisis, partiendo de este punto de vista, sobre las relaciones políticas entre los diferentes grupos étnicos y las facciones religiosas, dentro del actual escenario de guerra civil siria, así como las relaciones dentro del mundo árabe musulmán tienen su interés particular.

Abstract:

The Muslim world is centered on sunni or shii blocks. After this point of view, an analysis upon the political relations between the different ethnic groups and religious segments, has a particular interest not only for the actual Syrian civil war but also on the relations on the Arab and Muslim World.

Palabras clave:

Suní, Shií, Siria, Irán.

Keywords:

Sunni, Shii, Syria, Iran.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

1. CONFLICTO ENTRE LOS PARALELEPÍEDOS SUNÍ Y SHÍÍ.

La división en el mundo musulmán entre shiíes y suníes es de gran importancia, aunque frecuentemente ignorada en los planteamientos y análisis geopolíticos realizadas en Occidente, lo que contribuye al diseño erróneo de posicionamientos en las relaciones internacionales. En esta confrontación religiosa-política que se ha originado desde los principios de la historia del mundo musulmán, Siria juega un papel significativo que se conserva hoy en día. También es verdad que con frecuencia esta confrontación se suele negar, con la afirmación: “Todos somos musulmanes”.

Siria está situada en el extremo Oeste del paralelepípedo Shií en la costa del Mediterráneo. El paralelepípedo shií se extiende a lo largo de Líbano, Siria, Sur de Irak, Norte del Golfo e Irán. Este es el territorio con mayor concentración de población musulmana que profesa el credo shií. A excepción de Irán y Bahrein, en los demás países del paralelepípedo la población shií es minoritaria. En el paralelepípedo shií, Siria cumple un papel de pivote esencial para fundamentar el papel de los intereses shiíes en la región. Aunque el gobierno sirio no es estrictamente shií sino “alauí” (es decir una rama influenciada por la *Shía*), estas facciones religiosas musulmanas están muy próximas y la alianza Siria-Irán es clave en la fortaleza que este paralelepípedo ha adquirido en los pasados años.

La llamada “revolución de los ayatolás” del 1979 despertó en los dirigentes iraníes la ambición de extender su poder por medio de las creencias religiosas. Esta política pronto se manifestó ineficaz por lo que se buscaron otros medios para la creación de un círculo shií que le sirviera de zona de influencia y de defensa. En este objetivo le sirvió de apoyo, sin duda, la invasión de Iraq del 2003, cuyo resultado fue el cambio en el control del poder en el país mesopotámico, pasando de la facción suní a la facción shií. Este hecho junto al apoyo iraní a los movimientos de Hizbolá y Hamas fortalecieron sin duda el poder shií en la zona del paralelepípedo. A esto hay que añadir el desafío iraní a Occidente, con su política nuclear y la percepción de la presunta pérdida de poder de EEUU en la zona.

Hay también otros factores que afectan el fortalecimiento shií: los intereses geoestratégicos de EEUU se están desplazando hacia Asia, esto no implica que abandone Oriente Próximo, donde sus dos objetivos fundamentales siguen siendo la seguridad de Israel y la libre circulación de la energía, sino que las prioridades de su política exterior empiezan a cambiar de intensidad y la cantidad de tiempo y atención que dedica la Administración Americana a estas zonas empieza a deslizarse en favor de Asia.

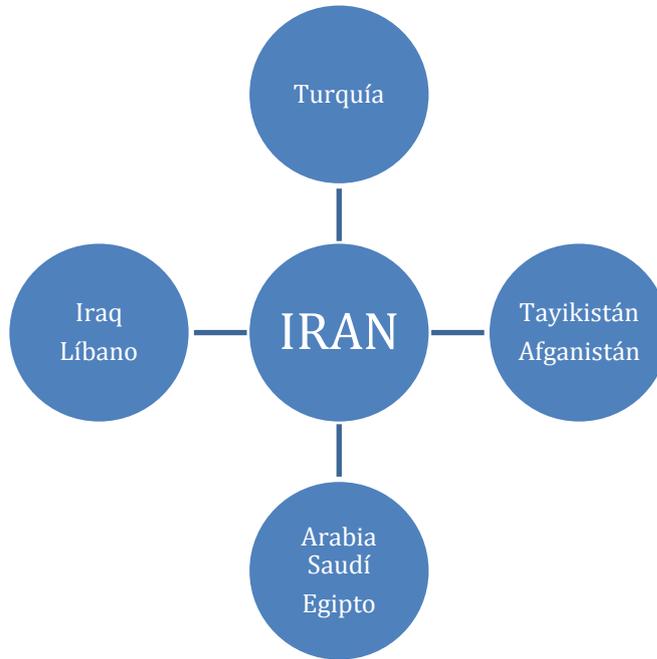


FIGURA 1. Áreas de convergencia y posibles conflictos en el paralelepípedo shíí.

Hay que añadir otro factor y es el hecho del Despertar Árabe. El núcleo duro suní cuyo representante más importante es Arabia Saudí, percibe el apoyo al presunto “Despertar árabe” por parte de EEUU, como una “ruptura del pacto de seguridad” que desde el final de la II Guerra Mundial ha existido entre ambos países. A pesar de que EEUU no objeta el comportamiento de saudís y qataríes en Bahréin, el hecho es que el Golfo ha perdido gran parte de la confianza en Washington ante su relación con Mubarak, aliado incondicional de EEUU durante décadas. Es sin duda una prueba palpable que para EEUU no existen aliados permanentes. La Administración de Obama ha puesto sus intereses en la introducción de la democracia en el mundo árabe aunque esto signifique la introducción en el poder de los movimientos islamistas que ha sustentado la oposición a todos los regímenes autocráticos del mundo árabe durante las últimas décadas.

Si admitimos esta hipótesis de “disminución de la preocupación de Washington por el Oriente Próximo”, incluso podríamos decir por el “Oriente Próximo Ampliado”, y un deslizamiento hacia Asia, es lógico pensar que el mundo shíí quiera fortalecerse como poder regional. Pero también que EEUU y Occidente, antes de “deslizarse” hacia Asia, quieran reestablecer un nuevo “status quo” en la zona. En este juego Siria es pieza básica en la estrategia de aislamiento y debilitamiento de Irán. Las Sanciones son uno de los instrumentos utilizados. Rusia y China se oponen, ya que ven una intromisión en asuntos internos, aunque se podría decir de otra manera: una intromisión de las democracias en los

asuntos de las autocracias. Siendo los gobiernos de China y (en cierto modo, según una corriente politológica) y Rusia, verdaderas autocracias, la actitud del Occidente democrático se interpreta por su parte como una amenaza, hacia sus gobiernos en un futuro no lejano. La utilización de las ONGS es una prueba de ello.

Otra pieza en la estrategia de aislamiento y debilitamiento es sin duda Siria. Siria es la aliada incondicional e imprescindible para la ambición de hegemonías territoriales iraníes. Dada su posición geográfica, su cercanía “al enemigo israelí” y a la península, su valor geoestratégico es de gran importancia. Es por ello por lo que la estrategia americana va dirigida al apoyo de la oposición al régimen de al-Assad. Podríamos decir que Bashir al-Assad ha perdido su legitimidad dentro de la perspectiva global de la política exterior norteamericana. La posición de la Liga Árabe con clave suní y la intervención con justificación humanitaria es un punto sin retorno: la continuidad del régimen de la *Surya al-Assad* (nombre predilecto del régimen en su propaganda interna) se hace prácticamente imposible. Difícil predecir el futuro a corto plazo, pero cabe la posibilidad de que a largo plazo el despertar árabe abrirá el camino no a “regímenes participativos”, pero sí a la llamada “democracia musulmana” (como gustan algunos analistas de llamar a la vía abierta por el régimen propio del AKP turco) es decir a regímenes donde la participación ciudadana y el respeto a los derechos humanos sean respetados. A corto plazo, el camino hacia esta *democracia musulmana* es más incierto. Este período breve de tiempo está en manos del entendimiento entre el islamismo moderado, el movimiento árabe liberal, los restos de las antiguas élites en el poder y, por supuesto, el ejército y si son capaces de entenderse y enfrentarse al islamismo radical, que en ocasiones tiene el apoyo financiero indirecto saudí, como en el caso de los salafistas egipcios (y del wahabismo en general).

Si la pérdida de Siria como aliado incondicional se materializa, Irán se verá obligado a un cambio en su política que tendría que ser más acomodaticia a los intereses de sus vecinos. Si a este escenario le sigue una evolución positiva de la democratización de Egipto, el paralelepípedo shíí perderá potencial geopolítico en la región. En el mapa del mundo turco-árabe aparecerán dos pilares suníes: Turquía y Egipto, ambos con potencial demográfico económico, militar y político, asentados sobre regímenes de la llamada “democracia musulmana” y que les da fuerza política para estabilizar el área. Un entendimiento entre ambas podría establecer una especialización del trabajo. Turquía hacia su zona cultural de Asia Central, Egipto hacia la suya en el mundo Árabe, y que tendría que establecer una hoja de ruta de transición de las monarquías árabes hacia la democratización, hecho que se podría dar más lentamente, debido a la legitimación de éstas entre sus sociedades. Este escenario facilitaría sin duda el crecimiento económico del mundo árabe, que aprovecha sus ventajas geoeconómicas de proximidad a los mercados Euroasiáticos-UE, Rusia, Asia y de los mercados emergentes africanos. En la actualidad, la cuenca árabe mediterránea tiene una de las tasas más bajas de exportaciones en el mundo: 3,5%; los países europeos exportan seis veces más.

Este análisis con una visión macro es insuficiente. Este es el típico análisis que se puede encontrar en los informes occidentales de los *think-tanks*. Nuestra crítica a este tipo de análisis es que desconocen la infraestructura social de estos pueblos. Occidente basa su

análisis en la hipótesis de la fría racionalidad instrumental de los actores socio-políticos y dentro de él, la motivación económica es prioritaria, los resultados en el análisis occidental siempre se realizan bajo las pautas del Rational Choice anglosajón. El mundo árabe-turco-persa razona estas cuestiones teniendo en cuenta motivaciones no únicamente racionales estratégicas en términos weberianos, la espiritualidad y religiosidad son prioritarias – cuando en Occidente se las ignora o se sustituye por principios laicos de libertad-, lo material queda en segunda línea.

Este hecho implica un cambio en el juego de las lealtades: es necesario tener en cuenta el imaginario étnico-religioso de los pueblos árabes y turco-iranios. El Estado-Nación es un concepto implantado por Occidente al resto de las civilizaciones, este concepto da origen a un sentimiento nacionalista, que no encaja necesariamente en la religión musulmana con el concepto de comunidad, la *umma*, peregrinación y hermandad musulmana y toda una serie de sentimientos que afloran de manera espontánea en cualquier conflicto de la zona, disparándose en todas direcciones con lo que se complica tanto el entendimiento de las causas del conflicto como su resolución.

Superpuesto a esta estructura de sentimientos religiosos existe una marcada segmentación tribal de tipo patriarcal, donde las lealtades están atadas a una descendencia común y donde familia, clan, tribu y pacto de honor, se interrelacionan con fuertes motivaciones y condiciones de comportamiento. No es fácil adentrarse en este mundo, por falta de información para el occidental medio y porque la dinámica social hace difícil mantener información de una situación expuesta a continuos cambios. No obstante conflictos como los de Libia y Yemen nos dan una buena prueba de la importancia de estas estructuras en el conflicto, alineamientos de alianzas y la inestabilidad de estas que buscan el apoyo exterior aprovechando las coincidencias de los intereses. Sin olvidar que la localización de estos actores, en un territorio con distintos valores geopolíticos y neoeconómicos, les da a los actores ya sean tribus, clanes, etnias o facciones religiosas, grandes ventajas que tratan de ser aprovechadas por los actores extranjeros.

Es ese entramado de relaciones originadas por una infraestructura tribal, étnica, de facciones religiosas y asentadas en una zona geográfica donde los recursos de agua y energía; y rutas de tránsito complicaron el entendimiento de las dinámicas de las sociedades asentadas sobre ellos. Para complicarlo aún más, a principios del siglo XX, Europa superpuso en el territorio una estructura de Estado-nación sin ninguna referencia a las características socioeconómicas ni al asentamiento étnico en el territorio y basada en sus intereses de influencia en la zona, que inmediatamente introdujeron inestabilidad y confrontación interna dentro de los nuevos estados-nación originados por la confrontación del entramado de la infraestructura social señalada anteriormente (según el *Tratado de París* de 1919, diseñado en la oficina del primer ministro Churchill con la asesoría de T. E. Lawrence).

Y por encima de todo, los intereses de los estados con ambición hegemónica regional y transnacional. No tratamos en este trabajo de resolver los problemas planteados en esta zona, ni siquiera dar información completa sobre la infraestructura de su sociedad, nuestro propósito es más sencillo y menos ambicioso, es tan sólo el de colocar la atención en el

estudio de la infraestructura de esta sociedad, que a nuestro juicio mejoraría el entendimiento del comportamiento de estos pueblos. Esta comprensión nos acercaría más a su realidad vital, y reforzaría nuestro punto de vista basado en la cooperación y el respeto. Por lo general, Occidente rechaza, sin el menor deseo de análisis, el comportamiento de estos pueblos sin detenerse a pensar que en la UE son nuestros vecinos inmediatos del Sur, y que conforman una periferia que recorre toda la frontera Sur de Eurasia.

Tradicionalmente en Siria confluyen además factores de otro tipo, religioso y étnico. El régimen de al-Assad a lo largo de su existencia ha contado con apoyos de las élites de sectores sociales cristianos y judíos, y de otras minorías rurales (drusos). Por otra parte, los cristianos en Egipto, Iraq, y en el Líbano se sienten actualmente muy perseguidos. Se inició una diáspora nueva de cristianos del Oriente Próximo hacia Occidente; silenciosa desde hace unos diez años, cuando en varios países eran el 15 % de la población (Siria). Irónico que uno de los fundadores del partido Baath fuese el cristiano Michel Aflaq; los déspotas de los años sesenta se nutrieron de las ideologías laicas *sui generis* (no a la occidental, pues para ellos laicismo significa que todas las religiones sean bien respetadas por los gobiernos, al estilo de los *dhimmiés* del Corán, “*los protegidos*” *pueblos no-musulmanes del libro*). La otra ironía es que los intelectuales cristianos de finales del siglo XIX, cuando se tambaleaban los últimos sultanes otomanos, fueron la clave e instigación del renacimiento cultural del arabismo y su lengua en el Oriente Próximo. Ser laico hoy día en un país árabe está mal visto y comienza a perseguirse extra-oficialmente en países como Egipto o Iraq.

Intelectuales sirios niegan conexión con el sistema tribal de Libia¹, al igual que otros personajes árabes abogaban por la supuesta diferencia étnica y social de cada país²; pero es cierto que existe un patrón: sea o no débil el porcentaje tribal en una sociedad musulmana, lo cierto es que la pertenencia a una familia importante siempre es mejor valorado. Y de ahí el respeto subconsciente musulmán por uno de los elementos principales que caracterizan una tribu, la gran familia bien organizada. Las tribus empiezan a formar parte de la trama siria del desorden.

La famosa ley tribal siria del 1960 separaba tierras, y reglamentaba incluso los pastos de pastoreo; inicio un equilibrio de poder y supuesta “pax” mantenido por la dinastía al-Asad en el poder de Siria; en realidad el Estado quería acabar, al igual que otras autarquías árabe-nacionalistas con el nomadismo y las tribus transnacionales, en su zona de control. Pero en el inicio de la revuelta siria hubo desorden en el área de la ciudad siria meridional de Deraá, próxima al desierto habitado por algunas de esas tribus transnacionales suníes, y en el extremo nordeste, en el Hábur sirio, donde viven poblaciones y tribus kurdas (la mayor minoría étnica de Siria, con casi el 10 % del total poblacional) en frontera con una de las franjas más problemáticas del sureste de Turquía.

¹ “la sociedad siria no es la sociedad libia; no somos una sociedad tribal”, KILO, M. “entrevista”, *Afkar* num.32, invierno 2011, 20

² El caso de Saif al-Islam, cf. GIL FUENSANTA, J., LORCA, A., JAMES. A.J., *Tribus, Armas, Petróleo*, Granada, Algón, 2011, 57

Rencillas pasadas tanto en disputas judiciales sobre el control del ganado de las tribus, resuelto en favor de rivales, como el disturbios pasados sofocados de forma despiadada en el norte del Hábur (p.e. los sucesos de Qamishli en el 2004 y otros previos) son un factor más a tener en cuenta en la revuelta comenzada en el 2011 y luego derivada en una guerra civil encubierta por la *Surya al-Assad*. No sólo pues la falta de control absoluto sobre la información procesada por la población fue un gran factor decisivo en el mantenimiento de la revuelta, algo común en otras revueltas del llamado “despertar árabe”. A nivel de discurso antropológico-historicista enunciamos que una lucha o conflicto se iguala más a nivel de contendientes si la tecnología de que ambos disponen está más igualada; de ahí el fracaso de las revueltas de la oposición en la *Ahdath* de hace una generación. Se explica pues el interés de los opositores sirios en que “Occidente” intervenga.

No olvidemos que los mismos alauís sirios provienen de cuatro tribus principalmente: Matawira, Haddadin, Jayyatin, y Kalbiyya; estas se desenvolvían en su mayoría en el medio rural de las montañas occidentales del país. La elite dominante procede de la primera tribu y específicamente del clan Numailatiyya.

Siria como país donde impera el concepto de la familia tradicional, de base patriarcal, de Oriente Próximo (con una larga historia que se remonta según los textos al Bronce Medio de la región y con posibilidad de retrotraerse a la época de los albores de la ciudad y el Estado, hace unos seis mil años), está a la orden del día la *lex talionis*, el ojo por ojo y la mera sustitución de unos por otros en el poder, y no a impulsos mayoritariamente democráticos. Un ejemplo claro es que Yisr esh-Shughur (norte de Siria), donde en el verano del 2011 ya se produjeron duros combates y muertes, fue una de las localidades más represaliadas por el padre del actual presidente durante la *Ahdath* de 1979-1982 (“sucesos” que se refieren a la dura represión de la oposición e islamistas).

Y esto a pesar de que la inmensa mayoría de los más de veinte millones de sirios actuales no vivían entonces. El día que la guerra civil siria alcance a Aleppo en la medida que lo está haciendo en Damasco (dos ciudades con extensas minorías), tal vez el régimen se encuentre ya en un callejón sin salida, así como sus aliados incondicionales en su retórica hacia la contienda; esta ciudad, que fue muy represaliada durante la *Ahdath* es clave para el apaciguamiento y control de las zonas del Éufrates y sus afluentes, así como de la cercana Turquía a poco más de 100 kilómetros de la segunda urbe del país. No se puede escapar de la Historia en el Oriente Próximo.

El actual conflicto sirio tiene tres niveles que deben tenerse en cuenta en cualquier análisis:

- a) Se trata de una pugna entre élites urbanas por la sucesión en el poder de dinastías hegemónicas: hoy los Assad, mañana una nueva familia, pero siempre dentro del orden establecido de los linajes patrilineales del mundo árabe. La política en el mundo árabe se hace de la mano del juego de intereses en conflicto entre dinastías urbanas, herederas de los antiguos comerciantes de Hiyaz que fundaron el islamismo hace quince siglos (no debemos olvidar que el islamismo es una religión predominantemente urbana, extendida luego al medio rural).

- b) En esta pugna entre elites, los Assad caerán previsiblemente porque ya no logran gestionar con éxito el reparto de las ganancias entre las distintas facciones de la elite gobernante, dividida en grupos étnicos, religiosos, y sociales diferentes. Los Assad no caen porque sean especialmente más autocráticos que otros regímenes, sino simplemente porque ya no logran asegurar el manejo efectivo de las riquezas nacionales: no pueden controlar efectivamente el monopolio político económico de las grandes familias sobre el país.
- c) Como en toda revolución, las elites locales no se exponen al fuego de la guerra. Los muertos ocurren cada día en los bandos de la población civil, que se juega la vida en un conflicto que no puede controlar verdaderamente. El problema real de la sociedad siria no es si gobierna una familia u otra, sino quiénes, en términos de elite, detentan el poder de las relaciones y los medios de producción, quiénes se quedan con la plusvalía, y hacia dónde van los ingresos nacionales.
- d) El papel de los segmentos étnicos y religiosos dentro del conflicto es fundamental, y al mismo tiempo, preocupante. Siria corre el riesgo, como ha ocurrido en otros países árabes, de que se utilice la necesidad indudable del cambio político como un manto para la ocupación del poder por medio de enfrentamientos étnicos y religiosos (ha pasado antes en Bosnia, pero ahora mismo sucede de manera dramática en Afganistán e Iraq).

2. TRES CLAVES DE INTERPRETACIÓN: CAPITALISMO DE FAMILIAS, ETNIAS Y ELITES URBANAS.

Siguiendo esta línea de argumentación, vamos señalar los tres elementos socio-culturales centrales de la sociedad siria, a nivel sociológico, que determinan el cauce del actual conflicto:

1) La oposición entre el mundo rural y el urbano. Siria es el ejemplo paradigmático del sistema económico que los especialistas en el mundo árabe llaman “capitalismo de renta”, por oposición a “capitalismo productivo”. Nosotros le denominamos “capitalismo de familias” árabe. ¿En qué consiste el *capitalismo árabe de familias*? El capitalismo de familias es un sistema completo y cerrado de apropiación de la renta de la tierra por parte de las elites urbanas, en el que la riqueza que se genera socialmente siempre queda en manos de una oligarquía de propietarios en términos rentísticos, no productivos. Uno de los especialistas en el mundo rural de Siria, el historiador y geógrafo Jacques Weulersse, ha definido la estructura del capitalismo de familias de manera magistral: “El que cultiva la tierra no es propietario, el que es propietario, no la cultiva”.

El capitalismo de empresa, productivo e industrial, avanzado tecnológicamente, no existe en el mundo árabe musulmán a la fecha de hoy, aunque sí en el mundo turco-iranio (el proyecto nacionalista de Nasser en Egipto intentó construirlo en los años cincuenta del

siglo XX, bajo la fórmula del nacionalismo panarabista, un proyecto fallido). Esto significa que en Siria –como en todos los países árabes desde Marruecos hasta el Golfo - impera un sistema económico basado en el capitalismo rentístico, que no genera riqueza, no produce innovación tecnológica, no modifica las relaciones dependientes de producción, encadena a los campesinos pobres a sus patrones, y evita toda fórmula de desarrollo autónomo a escala nacional.

El *capitalismo de familias* en el mundo árabe contemporáneo tenía hasta hace poco sus mayores exponentes en las familias gobernantes que han sido derrocadas en 2011: Gadafi, Mubarak, Ben-Alí-/Trabelsi, y ahora el turno llega a los Assad, todos ellos estratos sociales superiores no productores, dueños del excedente de sus países al ser detentadores del control político y económico. Básicamente, lo que estas dinastías han conseguido es trasvasar el dinero acumulado por las elites urbanas en el sistema de renta al exterior, invirtiendo en capitales, flujos financieros y bancarios de Europa y Estados Unidos, sin redistribuir las riquezas en los habitantes de sus países, los verdaderos generadores de dicha riqueza.

En Siria, el mundo rural es el de los pobres campesinos jornaleros que trabajan la tierra pero no la poseen, ya que sus títulos de propiedad se han perdido debido a que no han logrado pagar las deudas del pasado. Ahora viven en regímenes de explotación a favor de una clase rentista urbana, que es la que establece los gobiernos en la capital, cobra la renta territorial sin realizar inversiones ni modernizar la producción, y luego traspasa estas ganancias fuera del país, invirtiendo en el sistema financiero global o en los clubs de fútbol del Norte.

2) El segundo elemento relevante es el de la composición de los grupos étnicos. En Siria, como en el resto del mundo árabe y musulmán, al menos la mayor parte de la población tiene fuertes lazos étnicos y tribales (en algunos países como Marruecos, Argelia, Libia, Yemen, Afganistán o Iraq, esa cifra es mucho mayor). Esto significa que el “mundo rural” no es homogéneo, por un lado, y que existen amplios grupos sociales que escapan al poder absoluto del estado. La estructura étnica árabe se articula a través de la organización del parentesco que en antropología se denomina “familia árabe”. Consiste en una organización piramidal que tiene en la cumbre al abuelo, fundador del linaje, seguido por sus hijos varones, cuyos hijos a su vez se casan con sus primas paralelas. Esto quiere decir que los hombres se casan preferentemente con sus primas hijas de su tío paterno (las mujeres no transmiten la filiación, que siempre es masculina). En el espacio rural, el grupo local incluye a los hijos del padre, a sus esposas, aunque estas últimas provengan de grupos distintos, y a todos los ahijados y afines del padre. Cuando se reúnen varias familias con diversos linajes, entonces surgen estructuras mayores, que bien pueden ser clanes (conjunto de varios linajes), o tribus (conjunto de varios clanes).

El hecho es que aunque, en Occidente, para el mundo rural sirio no se utilice a menudo la terminología “clan” o “tribu”, la estructura real del campesinado sigue las normas de parentesco patrilineal de la organización étnica árabe. La filiación transmite los derechos de consanguinidad, que es la base del estatus social de las personas, que es público y muchas

veces hereditario, que a su vez permite que determinadas familias se conviertan en dinastías políticas, al asumir el poder en las ciudades, y construir un discurso de legitimación de su hegemonía. Nuestra hipótesis, que desarrollamos en un libro de próxima aparición, es que en el mundo árabe musulmán las estructuras de familia, grupo étnico y organización del parentesco siguen la lógica del sistema social patrilineal, aunque muchos segmentos sociales no se reconozcan a sí mismos como “tribus”. En otras palabras, se puede ser parte de una lógica socio-cultural de linajes patriarcales, dinastías y familias de poder, sin saber que se está atrapado en esta lógica de ordenamiento.

3) El tercer elemento es el del posible enfrentamiento sectario entre facciones islámicas (suníes, shiíes) y otras creencias como el cristianismo, el judaísmo, o los drusos (shiíes ismailíes). El mapa socio-político sirio es en extremo complejo porque los tres niveles están superpuestos: el antagonismo campo-ciudad, grupos étnicos y grupos ciudadanos, y por último, sectas y creencias religiosas. Y cada uno de estos componentes se encuentra entremezclado con los otros.

Las facciones religiosas en disputa tampoco pretenden modificar la arquitectura económica de Siria, ni mucho menos, la estructura parental de las dinastías hegemónicas. Los secuestros y asesinatos en la ciudad de Homs entre miembros de diferentes facciones religiosas son señales muy preocupantes (la situación tampoco es mejor en otras ciudades como Hama, Deraa e Idlib). Hoy el poder está en manos de un clan alauí (shií), pero nada indica que lo esté en los próximos años, teniendo en cuenta que la mayoría de la población es suní. Por lo menos el 80% de los altos oficiales del ejército es alauí, pero el resto de las fuerzas armadas sigue la corriente suní (unos 300.000 soldados, aunque no está del todo claro su grado de profesionalización). El epicentro de la revuelta sigue estando en zonas eminentemente agrarias como Deraá y Yisr esh-Shughur, que han sido fuertemente castigadas por los soldados del régimen, pero que es el ejemplo claro de la confluencia de los factores étnicos, rurales y religiosos.

El elemento religioso es de carácter fundamental en la resolución del conflicto porque el sentido de comunidad y de solidaridad colectiva descansa en la Siria contemporánea sobre los pilares religiosos. Por este motivo definimos el concepto de “tradición”, en la civilización árabe musulmana, como una tradición conformada por dos vertientes o variables: la tradición étnica (el sentido de pertenencia a una comunidad de consanguíneos, afines, ahijados, etc.), y la tradición religiosa (el sentido de pertenecer a la comunidad de una verdad revelada) que se cruzan y mezclan. El enfrentamiento entre facciones religiosas y étnicas muestra que la ansiada unidad nacional de Siria aún es una utopía, por no hablar ya de una sola tradición global, que no existe, ya que es una sociedad pluricultural, con grandes desigualdades sociales, y una amplia diversidad cultural y religiosa. El peligro de que musulmanes y cristianos se enfrenten en Egipto tampoco es desdeñable. La homogeneidad cultural de los pueblos árabes sólo existe en el discurso de los políticos, pero esta riqueza de la diferencia no debe ser manipulada con fines políticos o partidistas.

La experiencia muestra que el enfrentamiento entre shiíes y suníes es una construcción interesada de los poderes hegemónicos regionales en el ámbito árabe musulmán, con dos

centros fundamentales: Irán (shií) y Arabia Saudí (Suní). Por esta razón Irán no deja caer a los alauíes sirios, y por la misma causa, pero en sentido contrario, la monarquía de los Saud apoyó a Sadam Hussein en Iraq contra la mayoría shií, como ahora ha disuelto la revuelta popular en Bahrein alentando el odio sectario entre las comunidades sunís y shiís. En la actualidad son los miembros de las comunidades shiís las víctimas principales de los atentados terroristas en Iraq y en Afganistán. El enfrentamiento construido entre ambas facciones religiosas esconde el juego de ajedrez regional por el poder y el control del monopolio político y económico del mundo árabe musulmán, y de Asia Central por extensión. Es un juego muy peligroso, porque consiste en exacerbar los odios y los conflictos interétnicos e interreligiosos, para propiciar cambios o permanencia de regímenes-según convenga a los poderes- y justificar así la injerencia en asuntos de otros países.

En cualquier caso, el poder de la elite patrilineal, descendiente (en términos míticos) del profeta Mahoma, urbana, rentística (que vive del expolio de los hidrocarburos y de la mano de obra empobrecida), y transnacional, no cambia nunca, sino que se perpetúa. Hasta ahora presenciamos un traspaso de elites, al interior de las propias oligarquías árabes, pero no una modificación profunda del marco de las relaciones políticas, ni mucho menos de las relaciones de producción ni de redistribución de la riqueza. En el mundo árabe las perspectivas a un futuro cercano no son muy esperanzadoras.

3. CONCLUSIONES

La geografía tiene una importancia singular en el juego del poder del Oriente Próximo (como ya afirmó Halford John Mackinder en 1904). Después de Alejandro Magno, es decir después de más de dos milenios, de nuevo el Imperio Persa tenía acceso las riberas del Mediterráneo. No se trata ahora de un enfrentamiento entre varias ciudades griegas y Persia, en estos momentos el antagonismo es entre árabes y persas (como lo fue durante el final del Imperio sasánida), hoy ambos son practicantes de la religión musulmana, pero siguiendo facciones religiosas confrontadas a lo largo de la historia del Islam, los sunís y shiís. La confrontación Árabe-Iraní de hoy no solo crea enfrentamiento histórico étnico, sino también sectario interreligioso. La mayoría –alrededor del 90%- de los árabes son sunís, Irán es el único país populoso con mayoría shií, cerca del 95% de su población. Son los árabes sunís de la península arábiga los que se sienten amenazados por la concentración shií en territorio suní, en la península Arábiga cuna de sus creencias. Más aun cuando el shiísmo es percibido como herejía por los wahabís saudíes.

La reacción de la Liga árabe es racional con esta línea de razonamiento, con su presión sobre la *Surya al-Asad* para que abandone el poder; es lógico pues en la confrontación suní frente al shiísmo iraní. La caída del aliado al-Asad será un duro golpe para la ambición hegemónica shií en la región y rompería el corredor shií hacia el Mediterráneo, privando al shiísmo del acceso a sus costas. Siria volvería al control cultural del paralelepípedo de la *Sunna*, y los aliados de la Costa Mediterránea, Hizbolá y Hamas tendrán que buscar otros patrocinadores. Es lógico que los líderes iraníes actuando bajo presión cometan errores, tan

aparentemente absurdos para la mentalidad occidental como la amenaza del cierre del Estrecho de Ormuz; en realidad responde a la vieja táctica *farsi* de ganar tiempo. Desde la Primera Guerra del Golfo, los presidentes estadounidenses han advertido que el cierre de Ormuz es *causus belli*.

La *sunna* vería esta decisión iraní como una justificación de librarse de la amenaza shíi, reforzada externamente por la política nuclear iraní. No solo es la península arábiga la que quiere frenar la penetración shíi, sino también Turquía, país mayoritariamente suní (aunque con un porcentaje superior al 1/5 de alevíes, la versión local alauí, y otras confesiones), quien después de intentar negociaciones con el shiísmo (en concreto con Siria e Irán), ha decidido enfrentarse contra al-Assad, como base de una política de protección suní, para ampliar los lazos con la *sunna* de la que es miembro no árabe (pero ahora más respetado por estos que en el pasado: por paradoja su prestigio musulmán ha crecido al dejar de seguir su laico arcaísmo). Esta posición llevaría a un posible pacto árabe-turco frente a Irán. Este pacto puede verse favorecido por la dinámica del Despertar Árabe que ve en Turquía un modelo a seguir en la transición democrática.

Turquía, desde la llegada al poder de Atatürk (1919), ha ido siempre por delante sirviendo de modelo al proceso de modernización de los países musulmanes y en concreto a los árabes. La introducción de la república laica, la industrialización, la subida al poder del partido islamista es una buena prueba de que el modelo turco es de viable aplicación al mundo árabe con los retoques culturales pertinentes. Occidente optaría por apoyar a Turquía en esta labor, y Turquía podría ser ayudada también por Egipto una vez este país consolidara su proceso de transición democrática. Un acuerdo suní turco-árabe podría ser visto como un fuerte anclaje para la estabilidad de Oriente Próximo, siempre y cuando esto no implicara exacerbar hasta los límites de la violencia sectaria las diferencias interétnicas y religiosas de una región ya de por sí convulsa y en estado de transformación política. A diferencia de la relación de Occidente con los dictadores pre-Despertar, ahora la política humanitaria, posicionamiento ético, intereses de estado y ventajas geopolíticas se mueven en la misma dirección en el caso sirio, de aquí el fuerte respaldo que se le está dando a la Liga Árabe. El único obstáculo es Rusia que ve perder un mercado de armamento en Siria, un puerto en mar cálido (la base naval de Tartus), y un aliado en su estrategia de debilitador de la presencia de Occidente no solo en la región sino también en el Asia Central. El lento desplazamiento de EEUU desde Oriente Próximo hacia el mar de China obliga a Occidente a establecer un nuevo *status quo* en la región, en ese sentido, el anclaje de su seguridad en el pacto Turquía-Egipto podría asentar una geopolítica de seguridad estable en Oriente Próximo (y esa es precisamente la apuesta de Washington, apoyada por la UE).

Los acercamientos habidos entre China, Rusia y el Occidente a mediados de la primera década del siglo XXI son cosa del pasado. La desconfianza se mantiene. Además la política turca de “cero problemas con los vecinos” no pudo sostenerse en una región con intereses y paralelepíedos contrapuestos.

Alejandro Lorca, Jesús Gil, Ariel J. James

Occidente tendría que tener siempre presentes los sentimientos de la juventud shií-iraní. El pueblo iraní es sensible a su imaginario histórico imperial y a su ambición de influencia hacia el Oeste (Iraq-Siria) y hacia el Este (Afganistán y Asia Central). El distanciamiento entre la vieja generación de los mullah y la joven generación de la Revolución Verde, va a tener que materializarse tarde o temprano al igual que pasó con el mundo árabe suní. No es lógico pensar que la joven generación shií razone y se comporte de manera distinta. Tan solo si existe una amenaza externa a sus fronteras, al igual que ocurrió con la guerra con Iraq, se unirá todo el pueblo iraní frente a un enemigo común.

Nuestra conclusión es que Siria se encuentra en una posición bastante delicada dentro de la llamada revolución árabe, ya que su propia complejidad socio-cultural, la diversidad de sus grupos étnicos y religiosos, la disparidad entre el mundo urbano y rural (un punto que hasta el momento los analistas y los medios occidentales han pasado por alto), y sobre todo, la renuencia de sus elites urbanas a compartir el poder con los sectores menos favorecidos de la población, son todos elementos de peso que están sirviendo para justificar un enfrentamiento violento entre diversas facciones y grupos sociales, que a la larga sirve a ambos bandos en disputa: a la dinastía baasista porque así puede justificar la represión de la sociedad civil, y a los líderes rebeldes, porque de esa manera pueden justificar a futuro el control del gobierno. En cualquier caso, como ya comentábamos antes con respecto a la guerra civil libia (2011), los grandes perjudicados son los que menos tienen, y por lo tanto, los que menos cuentan para los poderes: los ciudadanos del común que conforman el pueblo sirio.

*Alejandro Lorca, Jesús Gil y Ariel J. James
Universidad Autónoma de Madrid*

**NOTA: Las ideas contenidas en los Documentos de Opinión son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.*